LIBROdot.com

Bartolomé Mitre

POESÍA GAUCHESCA

A UN OMBU EN MEDIO DE LA PAMPA

Aquí estás, ombú gigante
A la orilla del camino,
Indicando al peregrino
No siga más adelante
En la llanura sin fin.
Tú señalas las barreras
Que dividen el desierto,
y oyes el vago concierto
Que alzan las auras ligeras
De la pampa en el confín.

Eres la verde guirnalda
De la cabaña pajiza,
Que vas marchando de prisa
Con el pasado a tu espalda
Y a tu frente el porvenir.
Donde huye el indio salvaje
Y el cristiano se adelanta,
Tu cabeza se levanta
Susurrando tu ramaje:
³El rancho llegó hasta aquí².

Eres lo último que muere
De la morada del hombre,
Y sin registrar un nombre
Estás contando al viajero
Memorias de hoy y de ayer.
Al proseguir tu carrera
Por la llanura extendida,
Sobre tu cima florida
Hoy alzas en la frontera
El pendón de nuestra fe.

¿Qué ves más allá? ¿La pampa
Que en contorno se dilata,
El arroyuelo de plata,
El toldo en que el indio acampa,
O el inmenso pajonal?
Tú miras allá a lo lejos

Al trasponer aquel monte
En el remoto horizonte,
Como en mágicos espejos
Lo que es y lo que será.

Miras la pampa argentina
De ciudades matizada,
Y por mil naves surcada
La laguna cristalina
Que hoy cubre verde juncal;
Miras la pobre cabaña,
Que en palacio se transforma,
Y que al tomar nueva forma,
Con nuevas luces se baña
Su contorno natural.

Miras al indio tostado,
Que lanzando un alarido,
Va huyendo despavorido
Por el llano dilatado,
En pavoroso tropel;
Seguido del tigre fiero
Que abandona su dominio,
Hay teatro de exterminio,
Y tras él, el jornalero
Que las transforma en vergel.

No pases más adelante,
Que más lejos, abatido,
Marchito y descolorido
Verás al ombú gigante
Hoy de la pradera rey:

Y en su lugar la corona
Verás alzarse del pino,
Que unido al hierro y al lino
Sirve al hombre en toda zona
Para dar al mundo ley.

Ese destino te espera,
Árbol, cuya vista asombra,
Sin dar al rancho madera,
Ni al fuego una astilla dar;
Recorrerás el desierto
Cual mensajero de vida,
Y, tu misión concluída,
Caerás cual cadáver yerto
Bajo el pino secular.

A SANTOS VEGA PAYADOR ARGENTINO

Cantando me han de enterrar,
Cantando me he de ir al cielo.
Santos Vega

Santos Vega, tus cantares

No te han dado excelsa gloria,
Mas viven en la memoria
De la turba popular;
Y sin tinta ni papel
Que los salve del olvido,
De padre a hijo han venido
Por la tradición oral.

Bardo inculto de la pampa,
Como el pájaro canoro
Tu canto rudo y sonoro
Diste a la brisa fugaz;
Y tus versos se repiten
En el bosque y en el llano,
Por el gaucho americano,
Por el indio montaraz.

¿Qué te importa si en el mundo
Tu fama no se pregona,
Con la rústica corona
Del poeta popular?
Y es más difícil que en bronce,
En el mármol o granito
En la memoria tenaz.

¿Qué te importa? ¡si has vivido
Cantando cual la cigarra,
Al son de humilde guitarra
Bajo el ombú colosal!
¡Si tus ojos se han nublado
Entre mil aclamaciones,
Si tus cielos y canciones
Por tradición vivirán!

Cantando de pago en pago,
Y venciendo payadores,
Entre todos los cantores
Fuiste aclamado el mejor;
Pero al fin caíste vencido
en un duelo de armonías,
Después de payar dos días:
Y moriste de dolor.

Como el antiguo guerrero
Caído sobre su escudo,
Sobre tu instrumento mudo
Entregaste tu alma a Dios;
Y es fama, que al mismo tiempo
Que tu vida se apagaba,
La bordona reventaba
Produciendo triste son.

No te hicieron tus paisanos
Un entierro majestuoso,
Ni sepulcro esplendoroso

Tu cadáver recibió;
Pero un pago te condujo
A caballo hasta la fosa,
Y muchedumbre llorosa
Su última ofrenda te dio.

De noche bajo de un árbol
Dicen que brilla una llama,
Y es tu ánima que se inflama,
¡Santos Vega el Payador!
¡Ah! ¡Levanta de la tumba,
Muestra tu tostada frente,
Canta un cilo derrepente
O una décima de amor!

Cuando a lo lejos divisan
Tu sepulcro triste y frío,
Oyen del vecino río,
Tu guitarra resonar.
Y creen escuchar tu voz
En las verdes espadañas,
Que se mecen cual las cañas,
Cual ellas al suspirar.

Y hasta piensan que las aves
Dicen al tomar su vuelo:
[3]¡Cantando me he de ir al cielo
[3]Cantando me han de enterrar![2]
Y te ven junto al fogón,
Sin que nada te arrebate,
Saboreando amargo mate
Veinticuatro horas payar.

Tu alma puebla los desiertos,
Y del Sud en la campaña
al lado de una cabaña
Se eleva fúnebre cruz;
Esa cruz, bajo de un tala
Solitario, abandonado,
Es símbolo venerado
En los campos del Tuyú.

Allí duerme Santos Vega;
De las hojas al arrullo
Imitar quiere el murmullo
De una fúnebre canción,
No hay pendiente de sus gajos
Enlutada y mustia lira,
Donde la brisa suspira
Como un acento de amor.

Pero las ramas del tala
Son cual arpas sin modelo,
Que formó Dios en el cielo

Y arrojó a la soledad;
Si el pampero brama airado
Y estremece el firmamento,
Forman místico concierto
El árbol y el vendaval.

Esa música espontánea
Que produce la natura,
Cual tus cantos sin cultura,
Y ruda como tu voz,
Tal vez en noche callada,
De blanco cráneo en los huesos,
Produce los tristes ecos
Que oye el pueblo con pavor.

¡Duerme, duerme, Santos Vega!
Que mientras en el desierto
Se oiga ese vago concierto,
Tu nombre será inmortal;
Y lo ha de escuchar el gaucho
Tendido en su duro lecho,
Mientras en pajizo techo
Cante el gallo matinal.

¡Duerme! mientras se despierte
Del alba con el lucero
El vigilante tropero
Que repita tu cantar,
Y que de bosque en laguna,
En el repunte o la hierra,
Se alce por toda esta tierra
Como un coro popular.

Y mientras el gaucho errante
Al cruzar por la pradera,
Se detenga en su carrera
Y baje del alazán;
Y ponga el poncho en el suelo
A guisa de pobre alfombra,
Y rece bajo esa sombra,
¡Santos Vega, duerme en paz!.

EL PATO

I

Clara, bella y perfumada,
Era una tarde serena,
De esas tardes en que el cielo
Todas sus galas ostenta,
En que la brisa y la flor
Nos hablan con voz secreta,
En que las bellas inspiran,
En que medita el poeta,

En que el infame se esconde,
En que el pueblo se recrea.
Y matizando la alfombra
De una extendida pradera
Se ve una alegre cuadrilla
Con sus vestidos de fiesta,
Porque cien gauchos reunidos
Las pascuas de Dios celebran.
En las ancas del caballo
Cada cual lleva su bella,
El que ufano con su carga
Bate el suelo con soberbia,
Mientras que el viento levanta
La nevada pañoleta,
Que acaricia las mejillas
Del jinete a quien estrecha
Tal vez por no resbalar...
Quizá de puro coqueta.
No llevan collares de oro,
Ni caravanas de perlas,
Ni relucientes sombreros,
Ni corbatines de seda:
Humildes son los vestidos
Que las mujeres ostentan;
Y bajo pieles curtidas
Y de ponchos de bayeta
Aquel rústico gauchaje
Alma independiente alberga
Como el tosco ñandubay
Bajo su áspera corteza
Roba a la vista del hombre
Del corazón la belleza.

II

Encima de una loma
Se ven a las muchachas
Haciendo con donaire
Pañuelos agitar;
Y en tanto, en la llanura
En círculo, formados,
Se ven de los jinetes
Los ponchos ondear.

Sus ojos resplandecen
Radiantes de alegría,
Que templa con sus sombras,
Del rostro la altivez.
Con juegos herculáneos
Festejarán el día,
Que el pueblo hasta jugando
Respira robustez.

Diríase campeones
Que esperan la pelea
Que anuncian con estruendo

Las lenguas del clarín:
La inercia los consume,
Mas si el cañón humea,
Con varonil coraje
Buscan glorioso fin.

Tal vez unas carreras
Esperan a porfía
Para cubrir de palmas
Al potro más veloz...
Mas no, todos desean
Robustecer el alma,
Por eso ¡El pato! ¡El pato!
Repiten a una voz.

¡El Pato! juego fuerte
Del hombre de la pampa,
Tradicional costumbre
De un pueblo varonil
Para templar los nervios,
Para extender los músculos
Como en veloz carrera,
En la era juvenil.

Las fiestas populares
De un pueblo de valientes
Semejan a las rudas
Caricias del león,
Porque el pampero raudo
Batiendo en esas frentes
Parece que inocula
Vigor al corazón.

Ya todos se aprestaban
A comenzar la pugna,
Asiendo de las garras
Con fuerza de titán:
Los pies en los estribos
Apoyan con pujanza,
Y esperan afanosos
De jefe la señal.

Las madres, las esposas
Contemplan aquel grupo,
Pendientes del latido
Del brazo muscular;
Mas de repente vese
Que las manijas sueltan,
Y se oye entre el corrillo
Sordo rumos vagar.

¡Quién les armó la fuerza
De los cincuenta brazos,
Que un pingo gigantesco
Podrían sacudir?

Dos hombres que se acercan
Al medio de la liza,
Y muestran ser campeones
Que quieren combatir.

III

El uno es Diego Zamora
Apellidado el ³valiente²
Cuya daga vencedora
A sus contrarios devora
Y es el terror de la gente.

Su mirada decidida
y negra su cabellera;
Y una sonrisa atrevida
Del labio está suspendida
Revelando un alma fiera.

Lleva un facón en la falda.
lleva un poncho balandrán
Terciado por media espalda,
Y del campo la esmeralda
Huella en un potro alazán.

El otro es Pedro de Obando,
Compañero de fatigas
De Zamora, y peleando
Anda con él desafiando
Las partidas enemigas.

Estriba con bizarría
Y la espuela nazarena
Suspira en dulce armonía,
Como grillos a porfía
Lloran del preso la pena.

Guapos el Pago los llama,
Y el alcalde salteadores,
Pero publica la fama
Que no la avaricia inflama
Su pecho en vivos ardores.

Ligados por nudo fuerte,
Los dos siguen un camino;
Hermanos de vida y muerte
Aceptan la misma suerte
Bajo el yugo del destino.

IV

Adelantóse Zamora
Y sujetando la rienda,
Pidió parte en la contienda
Con altanera atención.
Todos a una voz gritaron

[3]Que entren Zamora y Obando[2].
Y entonces el pato tomando,
Zamora con él salió.

Picaron todos de espuelas
Galopando a rienda suelta
Para procurar la vuelta
Del jinete vencedor;
Mas en vano corren, vuelan,
Gritan, pegan, forcejean,
Y resudan y espolean,
Y le siguen con furor.

Hasta que al fin un jinete
Lo alcanza, y con mano fija
Asiendo de la manija
Hizo el caballo cejar,
Pero Zamora con furia
Lo lleva de una pechada,
Dejando en tierra estampada
De un triunfo la señal.

Pero tres nuevos atletas
Dispútanle su presea,
Y él en tremenda pelea
La disputa a todos tres.
Forcejean, y tendidos
Furiosos luchan en vano
Por quebrantar una mano
Que hierro parece ser.

Crujen, se estiran los miembros,
Se hinchan de sangre las venas,
Y enronquecidos, apenas
Pueden el aire lanzar;
Mas él, firme en sus estribos
Como animado centauro
Disputa a todos el lauro
En combate desigual.

Llegan tres más, y Zamora
Con la presteza del rayo
Dando riendas al caballo
Las manijas les quitó:
Dos de ellos fueron al suelo
En pos del tremendo empuje,
Y el que queda firme ruge
De vergüenza y de furor.

V

Y corriendo
Desbandados,
Y empapados
En sudor,
A Zamora

Todos siguen,
Y persiguen
Con furor.

Ya lo alcanzan
O despuntan,
Ya se juntan
En redor,
Cual las hojas
De una planta
Que levanta
El ventarrón.

Cual relámpago
Flamígero,
El alígero
Alazán
Los zanjones
Que encontraba
Los salvaba
Sin parar.

Y por último,
Rendidos,
Alaridos
Dan de paz,
Y las gorras
Que se quitan
Las agitan
En señal.

VI

Zamora entonces levantando en alto
El pato, cual si fuese una bandera,
Detiene del caballo la carreta
Y le hace el freno con furor tascar,
Y así parado en medio de la pampa
Con su ademán a todos desafía;
Mas viendo que ninguno se movía
Dirige a todos la señal de paz.

Torció las riendas del soberbio bruto
Y a trote largo adelantándose al rato
llevando al lado el disputado pato
Que a gruesas gotas de sudor ganó;
Y al acercarse ante el vencido corro,
Se desciñó del rostro su barbijo,
Y estas palabras atrevidas dijo
Que la turba entre aplausos recibió:

[3]Si hay quien dispute que gané la palma

[3]Átese al punto a la cintura un lazo,

[3]Que yo tan sólo con mi izquierdo brazo

[3]Jinete, y pingo, y pato arrastraré[2].

Nadie admitió su formidable reto:
Tan sólo Obando en ademán airado
Sacó del anca un lazo que arrollado
Una serpiente parecía ser.

Por la presilla lo fijó en su cuerpo
Y por la argolla se lo dio a su amigo
Quien se admiraba hallar un enemigo
En el hermano que le diera Dios;
Pero impulsado por feroz orgullo,
Asió del lazo en la siniestra mano,
Y a gran galope atravesando el llano,
Tirante el lazo entre los dos quedó.

Cual hosco toro que en lazada envuelto
Se niega altivo a obedecer la fuerza,
Y rebramando con furor se esfuerza,
Y aspa y pezuña quiere allí clavar,
Tal Pedro Obando con poder resiste
Al férreo brazo de que está pendiente,
Mientras el lazo entre los dos, crujiente,
Se ve como una víbora oscilar.

Silencio pavoroso en torno reina:
Enmudece el frenético alarido,
Y sólo se oye el fúnebre quejido
Del lazo palpitante entre los dos;
Mas de repente resonó un gemido
Dos espirales al formar el lazo,
Y en cada cual llevando su pedazo,
envuelto en él al polvo descendió.

EL CABALLO DEL GAUCHO

Mi caballo era mi vida,
Mi bien, mi único tesoro.
Juan M. Gutierrez

Mi caballo era ligero
Como la luz del lucero
Que corre al amanecer;
Al instante se veía
En los espacios perder.

Sus ojos eran estrellas
Sus patas unas centellas,
Que daban chispas y luz;
Cuando lejos divisaba
En su carrera alcanzaba,
Fuese tigre o avestruz.

Cuando rendía mi brazo

Para revolear el lazo
Sobre algún toro feroz,
Si el toro nos embestía,
Al fiero animal tendía
De una pechada veloz.

En la guardia de frontera
Paraba oreja agorera
Del indio al sordo tropel,
Y con relincho sonoro
Daba el alerta mi moro
Como centinela fiel.

En medio de la pelea,
Donde el coraje campea,
Se lanzaba con ardor;
Y su estridente bufido
Cual del clarín el sonido
Daba al jinete valor.

A mi lado ha envejecido,
Y hoy está cual yo rendido
Por la fatiga y la edad;
Pero es mi sombra en verano,
Y mi brújula en el llano,
Mi amigo en la soledad.

Ya no vamos de carrera
Por la extendida pradera
Pues somos viejos los dos.
¡Oh mi moro, el cielo quiera
Acabemos la carrera
Muriendo juntos los dos!